

sabía que, en el desorden del momento, podían prepararle la casual apariencia de un mortal ultraje, de una invasión nocturna, en la que aquella que sabían que era más que un hombre, sería tratada como una mujer. La aventura ocurrida en pleno día por otra mujer, de la que hemos hablado, demuestra bastante lo que podía esperarse del cinismo calculado de los maratistas y robespierristas. La que fué ultrajada no había hecho más que hablar mal de Robespierre. Madama Roland, mucho más en peligro, quería ser, en todo caso, dueña de su vida y tenía siempre dos pistolas debajo de la almohada.

Lo que levantó los ánimos en la Asamblea nacional, no menos que la carta de Roland, fué el ver á un individuo aislado llegar á decir á la Asamblea que, por su parte, la daba las gracias por el decreto que había votado. Y al mismo tiempo dijo lo que acababa de oír; se excitaba á la multitud para que saquease á los fabricantes: «Yo, dijo, no soy sospechoso, soy voluntario y parto mañana.» Era uno de los artilleros de las secciones parisienses, que tan bien se habían portado el 10 de Agosto. Su opinión era ciertamente la de París, y no había duda que era también la del ejército.

La reacción humanitaria parecía que se hacía sentir en todas partes, hasta en el seno de la Comuna. El consejo general, reunido por la tarde y por la noche, flotaba con brascas alternativas, violentas, desde la humanidad á la crueldad, desde Manuel á Marat.

El primero pareció que triunfaba por un momento. Consiguió una medida general que parecía una reprobación de la matanza. El consejo general, á propuesta de Manuel, acordó que se dictaría un acuerdo: «Sobre la necesidad de encargar á la ley el castigo de los culpables.» Lo que fué no menos grave, es que habiendo dicho un ciudadano que él se encargaría de alojar y mantener á un pobre prisionero escapado del degüello de la Force, fué aplaudido con entusiasmo y colmado de bendiciones.

Entretanto, esta Asamblea estaba de tal modo indecisa, que á un periodista realista, Duplain, que fué conducido ante ella, le envió á la Abadía, ó lo que es lo mismo, á la muerte. Brillaud-Varenes había propuesto otro acuerdo más benigno. Los maratistas se sublevaron y obtuvieron del consejo esta decisión atroz que la endosaba la responsabilidad de los asesinatos.

Era la noche del 3 de Septiembre (á las ocho ó las nueve). Desde la imprenta de Marat salía para toda la Francia, en ochenta y tres paquetes, una espantosa circular que él solo había redactado, y que había firmado intrépidamente con los nombres de todos los miembros del comité de vigilancia. Denunciaba en ella la versatilidad de la Asamblea, que había alabado, roto y restablecido la Comuna; glorificaba la matanza y recomendaba que fuese imitada.

Marat envió su circular al ministerio de la Justicia, pidiendo que la repartiesen con sôbre del ministerio. Gran prueba para Danton. No

iba á la Comuna y esta iba á él y le obligaba á que se decidiera.

La más elemental prudencia imponía á todo el que conociese á Marat el averiguar positivamente si aquella acta, impresa en su casa por sus obreros y con sus prensas, emanaba efectivamente del comité de vigilancia. ¿Las firmas impresas de sus miembros eran firmas verdaderas? Porque, aun suponiendo que la circular emanase realmente del comité, ¿podía realizar un acto tan grave, dirigir á Francia aquellas terribles y mortíferas palabras, sin estar autorizado para ello por el consejo general de la Comuna? Esto es lo que Danton debía examinar; no se atrevió á hacerlo. Digámoslo (es la frase más dura para un hombre que toda su vida hizo ostentación de su audacia): tuvo miedo delante de Marat.

Miedo de quedarse atrás, miedo de ceder á Marat y á Robespierre la posición de la vanguardia, miedo de que pareciese que tenía miedo.

¿Hay que suponer que había llegado á creer él mismo que esta bárbara ejecución era un medio de aguerrir al pueblo, de darle el valor de la desesperación, de quitarle todo medio de retroceder? ¿qué lo creyó el 2, cuando se asesinaba á los prisioneros políticos? ¿qué lo creyó el 3 y el 4, cuando se asesinaba á los prisioneros de todas clases?.. Aceptó hasta el fin la horrible solidaridad. ¡Miserable víctima del orgullo y de la ambición, ó de un falso patriotismo, que le hizo ver en aquellos crímenes insensatos la salvación de la Francia!

Y sin embargo, por muy horrible que fuese el querer demostrar la utilidad de un asesinato político, era evidente que no tenía este carácter. El 4 de Septiembre hubo muy pocos asesinatos políticos; uno sólo bien comprobado: el de un tal Guyet á quien el comité de vigilancia envió á la Abadía y que fué muerto en el instante.

El 4 llegó el horror al colmo.

Ya hacía treinta y seis horas, bandas salidas de París iban á amenazar á Bicetre. Los que habían asesinado á los ladrones de Chatelet, á los forzados de los Bernardinos, creían continuar su obra. En vano se les demostraba que el enorme, el inmenso castillo de Bicetre, que contenía millares de hombres, alojaba además de criminales un gran número de inocentes, de pobres buenos, de viejos, de enfermos de todas clases. Había también en reclusión, por diversas causas, infortunados, que se hallaban allí reclusos largo tiempo hacía por el arbitrario antiguo régimen, como locos ó de otro modo, y que no eran puestos en libertad, precisamente porque ya nadie sabía por qué habían entrado. Allí había estado Latude largo tiempo. Salió de Bicetre por el heroísmo de madama Legros. (Véase nuestro tomo primero.)

Imposible expresar lo que sufrían en Bicetre los prisioneros, los enfermos, los mendigos, durmiendo hasta siete en un lecho, comidos de gusanos, alimentados con pan florido, amontonados en lugares húmedos, á veces en cuevas, y molidos á golpes por el menor motivo, envidiaban el presidio como si fuera un paraíso.

En Bicetre no se perdía ninguna ocasión para pegar. ¡Quién ha de creer que el 92 existía todavía la bárbara costumbre de azotar á las jóvenes que iban allí á curarse las enfermedades venéreas! Crueldad eclesiástica renovada en la edad media. El pecador, cuando llegaba allí debía expiar, despojarse, humillarse, someterse al pueril castigo que envilece al hombre y le quita toda dignidad del hombre.

En la *Corrección* había unos cincuenta niños aún más cruelmente tratados, apaleados todos los días. La mayor parte sólo estaban allí por delitos muy leves; varios no habían cometido más crímenes que tener unos padres muy severos, ó una madrastra mala. Otros huérfanos, aprendices, domésticos pequeños, habían sido encerrados por una simple orden de sus dueños. Estos huérfanos eran preferidos para el servicio doméstico, porque así podían tratarles como querían. Un gran señor que encontraba poco dócil á su *jokey*, le castigaba con una sola palabra: «Bicetre.» En las colonias, en las plantaciones, se oyen los golpes, los gritos y los chasquidos del látigo; el señor participa del suplicio por la pena de oírlo. Los voluptuosos hoteles de París no oían nada de esto. El dueño se ahorra el trabajo y la sensibilidad; enviaba al niño á la *Corrección*. Lo que él allí sufría, sólo lo sabían las paredes. Si se dignaban sacarle, volvía domado, temblando, humilde, embustero y adulator, dispuesto á todos los caprichos vergonzosos.

Si había algún lugar que la Revolución debía respetar, era aquel lugar de misericordia. ¿Qué eran Bicetre, la Salpetriere, aquel gran Bicetre de las mujeres, más que el verdadero infierno del antiguo régimen, donde mejor podía ser aborrecido, al encontrar allí reunidos todo lo más bárbaro, vergonzoso y abusivo? ¿Quién hubiera creído que aquellos locos furiosos que en Septiembre asesinaban irían á arrojar sobre los que ya habían sido tan cruelmente atormentados por el antiguo régimen; que aquellas víctimas infortunadas hallarían en sus padres ó sus hermanos, vencedores por la Revolución, no libertadores, sino asesinos?

Nada hace comprender mejor la ceguera, la imbecilidad que presidió á las matanzas. Muchos de los que mataron al azar en aquellos dos hospicios podían muy bien tener á su padre en Bicetre entre los mendigos ó á su madre en la Salpetriere: era aquello el pobre matando al pobre, el pueblo estrangulando al pueblo. No se conoce otro ejemplo de tan insensato furor.

Las primeras bandas que amenazaron á Bicetre eran poco numerosas. Los enfermos y los prisioneros se pusieron á la defensiva. De aquí el rumor calumnioso, propio para hacerles exterminar, de que estaban en plena sublevación. Los asesinos llevaron cañones para forzar las puertas. Parte de ellos no llegaron á Bicetre; se detuvieron ante la Salpetriere, y tuvieron el horrible antojo de entrar en el hospicio de las mujeres. El primer día fueron detenidos por una fuerza militar bastante considerable; pero al día siguiente forzaron la entrada y empezaron por

matar á cinco ó seis ancianas, sin otra razón ni pretexto si no que eran viejas. Después se arrojaron sobre las jóvenes, las mujeres públicas, y

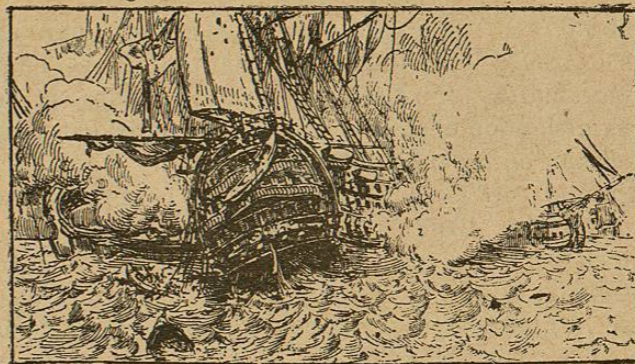


La matanza en los Carmelitas (Pág. 237)

mataron treinta, de las cuales gozaron antes ó después de la muerte. Y no fué esto bastante; entraron en los dormitorios de las huerfanitas, violaron á varias de ellas, y aun se dice que se llevaron algunas para abusar de ellas fuera de allí.

Aquellos abominables salvajes no abandonaron la Salpetriere más que para ir á ayudar á sus compadres de Bicetre. Allí fueron muertas sesenta y seis personas sin distinción de clases: pobres, locos, dos capellanes, el administrador, los escribientes. La inmensidad del local daba á las víctimas facilidades para luchar, para diferir por lo menos su muerte. Fueron empleados los medios más bárbaros; el hierro, el fuego, el agua, hasta la metralla.

En 1840 se ha encontrado en el registro fúnebre de Bicetre (véase el libro de Mr. Maurice) el hecho más execrable de las matanzas de Septiembre, escondido, ignorado hasta hoy; y es que no contentos con las huerfanitas de la Salpetriere penetraron asimismo en la *Corrección*, en donde había cincuenta y cinco niños. En su mayoría ya lo hemos dicho, eran poco culpables: muchos habían sido llevados allí únicamente para dominar su carácter por medio de los castigos. Cubiertos de golpes, de cicatrices, continuamente azotados por el menor motivo, y aun sin motivo alguno, hubieran partido los corazones más duros. Importaba sacarlos de allí, volverlos al aire y al sol, curarlos y cuidarlos, entregarlos en manos de mujeres. Su mal y su vicio, en cuanto á la mayor parte, venía de ahí, de que no habían tenido madres. Septiembre les dió por madre y nodriza la muerte.—Libró sus jóvenes almas de aquellos pobres cuerpos que ya habían sufrido tanto.—Treinta y tres perecieron. La mayoría de los que escaparon fueron arrebatados por los voluntarios que ofrecieron convertirlos en soldados. Los asesinos habían llegado á tal estado de vértigo, de horrible deslumbramiento, y como de furor hidrófobo, que apenas les dejaba distinguir á quién herían. Sin embargo, dijeron una cosa que hace comprender todo lo culpables que fueron. A pesar de este extravío no dejaron de observar que aquellas tiernas vidas, apenas comenzadas no se resignaban de ningún modo, huían de la muerte con un invencible horror y se obstinaban en vivir. «Preferiríamos matar hombres: estos chiquillos cuestan más de rematar.»



CAPITULO XIII

Estado de París después de la matanza.—Fin de la legislativa (5-20 de Octubre del 92.)

Prostración moral después de la matanza.—El pueblo y el ejército la miraron con horror.—Opiniones de Marat y de Danton sobre la matanza.—La Asamblea jura combatir á los reyes y á la monarquía (4 de Septiembre del 92).—Cambon ataca á la Comuna.—Reacción humanitaria.—Continúa sin embargo la matanza (5 y 6 de Septiembre).—Temores de la Comuna.—Los maratistas intentan extender la matanza por toda Francia.—Los prisioneros de Orleans asesinados en Versalles (9 de Septiembre).—Danton salva á Adrian Duport á pesar de la Comuna.—Lucha entre Danton y Marat.—Elecciones bajo la impresión de las matanzas.—Federación de mutua garantía.—Robos y pillajes.—Homicidios y temores de matanza.—Temores de la Asamblea (27 de Septiembre).—Discurso de Vergniaud y solemne abnegación por la Asamblea nacional.—Su clausura.

El efecto inmediato de la matanza para la mayor parte de la población de París fué la sensación intensamente cruel que conocen demasiado bien todos los enfermos del corazón cuando después de haber latido apresuradamente y con horrible precipitación durante algunos minutos se para de repente... En todo el organismo se nota un silencio mortal... Después viene la sofocación, los espasmos, el anonadamiento completo, el abandono del ser... á lo sumo aquel grito interior, aquella voz muda que dice: «¡Oh muerte!»

Para las personas débiles y pobres de espíritu muy viejas ya, abrumadas de años ó de desdichas, el acceso fué seguido de una cesación absoluta de ideas, de un aniquilamiento de la personalidad muy parecido al idiotismo. Los que sobreponiéndose al terror se atrevían á salir refugiábanse en las iglesias, hacía mucho tiempo abandonadas, y maquinalmente se ponían á orar; se las veía murmurar, moviendo la cabeza, cuyos ojos estaban sin luz. Otras permanecían encerradas en sus casas y se abismaban en los éxtasis de un extraño misticismo, diciendo como más tarde Saint Martín, que aquello era seguramente una escena del juicio final, un acto de la terrible comedia del Apocalipsis. Había cerebros en que todo esto se mezclaba confusamente: la religión y la